

Gregorio, compraba niños y adolescentes prisioneros y esclavos, llevados allí por mar, probablemente de Inglaterra, para venderlos. Los comprados por el santo fueron bautizados y educados para enviarlos después a su país como misioneros, sacerdotes, abades y obispos.

De regreso de su segunda peregrinación a Roma, supo San Amando que al otro lado del Escalda había una comarca llamada Gante cuyos habitantes habían caído en las redes del demonio y que habiendo abandonado a Dios veneraban en su lugar árboles, maderas, ídolos y lugares sagrados. Los habitantes eran tan rudos, y tanta su miseria por la esterilidad del país, que los misioneros y sacerdotes católicos se habían retirado todos y nadie se atrevía a predicar allí la palabra del Señor. Para acabar con este estado de cosas y allanar los obstáculos que se oponían a la introducción del cristianismo, invocó San Amando el auxilio armado del rey Dagoberto a fin de dispensar el sacramento del bautismo a los que no quisiesen recibirlo de buen grado. San Amando no temía la muerte, y si acudió por medio del obispo Aicaro de Noyon al rey y obtuvo fuerza armada y potestad para emplearla contra los bárbaros recalcitrantes, fué porque en su fe sincera tenía lástima de los paganos. Estos no aceptaban las bendiciones de la religión cristiana y se resistieron llenos de coraje, tanto que el biógrafo del santo dice: «Imposible es relatar todo lo que hubo de sufrir allí el santo por el nombre de Cristo: cómo fué indignamente tratado y rechazado y no pocas veces hasta arrojado al río por los rústicos y las mujeres.» Sus compañeros le abandonaron también por la falta de víveres y la esterilidad del país; pero el santo fué perseverante, se alimentó como pudo y hasta ganó dinero para rescatar y bautizar «innumerables» paganos prisioneros. Tanta fe, caridad y constancia son dignas de admiración y obligan a la veneración.

El siguiente caso, que fué contado al biógrafo de San Amando por un testigo ocular, prueba que el clero de entonces continuaba, como en tiempos anteriores, según hemos visto en la obra de Gregorio de Tours, extendiendo su influjo sobre la administración y jurisdicción del monarca. El rey Dagoberto, que había facilitado al santo para sus trabajos de conversión fuerza armada, envió a Tournay a uno de sus grandes jefes francos, llamado Dotto, para dirimir los pleitos y contiendas entre los francos. Allí llevaron los sajones ante el representante del rey a un criminal cuya muerte pidió la multitud a grandes voces. Era un ladrón, que estaba mas muerto que vivo por los palos que había recibido. Dotto dió orden de ahorcarlo, y entonces acudió San Amando y rogó vivamente que se concediese al ladrón la vida, «pero, — dice el biógrafo, — como el enviado del rey era mas cruel que las fieras, no logró nada el santo.»

Este lenguaje de Bodemundo y la conducta del santo no indican de ningún modo ni perversidad ni propósito de faltar a la autoridad de la ley y de la justicia; pero a falta de leyes fijas, prevalecían en la Iglesia el espíritu de superioridad intelectual y moral, y la caridad cristiana, porque toda moral es religión, y el representante de la religión era la Iglesia, que no veía entonces en los poderes temporales sino la fuerza bruta, la cual acataba el clero cuando no había otro recurso y se servía de él como auxiliar. Esta era la consecuencia de la doctrina y el espíritu de San Agustín, que animó al papa Gregorio VII, según el cual no podía existir conflicto entre el Estado y la Iglesia, porque siendo el Estado la fuerza material y el instrumento para la realización de los fines de la religión y de la moral, representadas por la Iglesia, no tenía mas derechos que los que la Iglesia le daba y reconocía, siendo para ella lo que el cuerpo material es al alma, lo que el pecado a la inocencia y la tierra al cielo. Este

principio es el que domina toda la Edad media mas ó menos crudamente según los países, las épocas y las circunstancias.

En el caso referido por el biógrafo de San Amando, el ladrón fué ahorcado y expiró; Dotto se retiró, despedido por una gran multitud del pueblo, pero San Amando descolgó al ahorcado, le devolvió la vida, y con este milagro consiguió que los paganos acudieran en masa a hacerse bautizar y destruyeran ellos mismos los objetos y lugares que habían venerado como sagrados. Después el santo, ayudado de la munificencia del rey y de hombres y mujeres piadosos, fundó conventos é iglesias, verdaderos baluartes de la Iglesia.

En el año 627 el obispo Arnulfo de Metz renunció a su dignidad episcopal y a su influencia en los asuntos mundanos, no por la vanidad de adquirir fama con la renuncia al mundo, que a muchos efectivamente ha valido en vida el título de santos, sino por impulso verdadero interior. Quince años antes estuvo ya a punto de entrar en el convento de Lerin con su amigo Romarico, cuando fué llamado a ocupar la silla episcopal de Metz. Esta vez, sin embargo, resistió inquebrantablemente los ruegos de los dos reyes, y acompañado de su amigo Romarico, que con este motivo abandonó su celda en los Vosges, se retiró a la soledad del convento, donde murió el 16 de agosto de 641, y Romarico le dió sepultura en el convento de Saint-Mont cerca de Remiremont. Al año siguiente su sucesor en el obispado de Metz, Goerico, y los obispos de Toul y de Verdun trasladaron solemnemente sus restos mortales a la iglesia de los Apóstoles, llamada después de San Arnulfo, en Metz.

En el consejo del rey Dagoberto sustituyó a Arnulfo al lado de Pipino otro obispo, Cuniberto de Colonia, hombre también de gran talento.

El último suceso notable del reinado de Clotario II, de que hay noticia, fué una gran asamblea de eclesiásticos y laicos principales de Borgoña y Neustria en Clichy, en el año 627. Los obispos y grandes del imperio (sin la Austrasia, que era el reino de Dagoberto) celebraron allí consejo para el bien del rey y del país (*pro utilitate regia et salute patrie*), conceptos ambos que desde el tiempo de Clodoveo habían significado el derecho particular y por tanto absoluto del reino franco tal como entonces se había establecido; pero que a la sazón tenían contra la nobleza y en el terreno político su significación verdadera. Cuán discosa y poco manejable era la nobleza aun en tiempo de Clotario II, resulta del hecho siguiente, que pasó a la vista del rey. Ermoaro, mayordomo de Cariberto (1), el hijo menor de Clotario, fué muerto por los criados de Egina, hombre de origen sajón y probablemente el jefe militar del mismo nombre mencionado ya otra vez. Esto hubiera dado lugar a una colisión muy sangrienta entre gran número de individuos si la habilidad, la calma y los esfuerzos del rey no lo hubiesen evitado. Por su orden retiróse Egina con un gran número de guerreros a la altura de Montmartre. Brodulfo, tío materno de Cariberto, porque Clotario su padre no tenía ya hermanos, reunió una hueste llamando guerreros (2) de todas partes para arrojarle sobre Egina y su gente de armas. Entonces mandó el rey que ambos contendientes se sometiesen a su juicio, amenazando que haría caer a los varones de Borgoña sobre aquel de los

(1) No se sabe quién fué la madre de Cariberto, quizás una concubina; la madre de Dagoberto fué Bertetruda. Cariberto murió el año 630 dejando un hijo, por manera que aunque hubiese tenido este hijo muy joven, no siendo hijo de Bertetruda, que murió en 618, había de serlo de otra mujer que el rey tuviera en vida de Bertetruda.

(2) Francos de su partido y de Cariberto, que aunque hijo del rey se prepara como cualquier otro franco a vengar el ultraje recibido con la muerte de su mayordomo.

dos que no quisiese admitir su fallo. Con esto quedó apaciguada la contienda.

Grandísimo había de ser el número de francos y borgoñones libres que, armados como tales, se habían presentado y tomado parte en aquella asamblea para formar dos huestes enemigas y una tercera fuerza armada de francos y otros germanos de Borgoña, con cuyo auxilio podía contar el rey para inspirar respeto a su propio hijo y al jefe de la fuerza armada probablemente de la comarca de Paris. Este episodio vuelve a confirmar lo que eran el pueblo franco y la potestad real todavía a fines del reinado de Clotario II, y la importancia que, a pesar de todo, iba tomando la autoridad del rey.

CAPITULO XII

ÚLTIMO PERÍODO DEL REINADO DE DAGOBERTO I

El año después de aquella gran asamblea, es decir, en 628, murió Clotario II a la edad de 24 años (1), sin haber dividido sus dominios entre sus dos hijos ni haber designado sucesor. Dagoberto, el mayor de los dos, y evidentemente el que contaba con mas recursos, hizo entonces (2) lo que probablemente era lo mas prudente atendidas las circunstancias, y que expresa Fredigaro en estos términos:

«Tan luego como Dagoberto supo la muerte de su padre, mandó a todos sus súbditos libres acudir con sus armas, y al propio tiempo envió representantes suyos a los francos de Borgoña y de Neustria para excitarles a elegirle (es decir, reconocerle) por rey. Después fué a Reims, y llegando a Soissons le reconocieron allí por rey todos los obispos y varones libres de Borgoña y también la mayor parte de los obispos y de los notables laicos de Neustria. Su hermano Cariberto bien deseaba ganar el reino, pero a causa de su incapacidad (3) se quedó con el deseo. Su tío Brodulfo intrigó contra Dagoberto, pero el resultado demostró que sus proyectos carecían de base racional. Cuando Dagoberto se hubo asegurado en la posesión de los dominios y tesoros de Clotario, tanto en Neustria como en Borgoña, concedió a su hermano, por compasión y siguiendo el consejo de hombres sabios (entre los cuales podemos suponer a Pipino y al obispo Cuniberto de Colonia), la administración y las rentas de las comarcas y ciudades situadas entre el Loira y los territorios fronterizos españoles (la Septimania), a saber: las ciudades y comarcas de Toulouse, Cahors, Agen, Perigueux, Saintes y demás territorios del lado de los Pirineos, cuyos productos bastaban para hacerle vivir con decoro a la manera de un particular (4). Este fué el reino que cedió Dagoberto a Cariberto, el cual prometió solemnemente en un convenio formal no reclamar en tiempo alguno otra parte del imperio de su padre. Hecho esto, eligió Cariberto por capital a Toulouse, gobernando como rey de Aquitania, y en el tercer año de su reinado (5) sometió toda la Vasconia, con la cual ensanchó un tanto su reino.»

Las alabanzas que los historiadores han hecho del gobierno de Dagoberto se refieren a los primeros años de su reinado como rey único del imperio franco, exceptuando la Aquitania (6). «Cuando en el año 628 visitó la Borgoña, inspiró

(1) Fué enterrado en Paris, en la iglesia de San Vicente.

(2) Lo que probablemente estaba ya previsto y preparado por sus consejeros, y admitido en principio en la asamblea de Clichy.

(3) Por ser todavía muy niño, pues aunque el padre le hubiese tenido a 14 años, solo podía tener el hijo 10 años.

(4) Es decir, como cualquier otro franco poderoso no merovingio, pero señor soberano en sus dominios.

(5) Y el año de su muerte, porque murió en 630.

(6) País infinitamente mas romanizado que el resto del imperio franco, lo cual debió de aconsejar la separación y su constitución en reino independiente del resto.

tanto temor a los obispos, nobles y demás francos libres que todos quedaron admirados, y contentísimos los pobres porque a nadie se atropellaba. Cuando llegó a Langres administró justicia a todo el mundo, a poderosos y humildes; allí no valió cohecho ni posición social, sino que solo hubo justicia recta, que Dios hubo de ver ciertamente con satisfacción. Después pasó a Dijon y permaneció algunos días en Saint-Jean-de-Laosne, a orillas del Saona, donde recibe las aguas del Ouche, lugar que entonces se llamaba Latona, y donde murió años después, en 641, Flaocato, que había sido mayordomo de Clotario II. En todas partes aplióse Dagoberto con ahínco a hacer justicia a todos sus súbditos, sacrificando a esta tarea las horas de descanso, el sueño y las comidas, procurando de todas veras que las personas que acudían a él pidiendo justicia se retirasen de su presencia contentas y alegres.»

Dagoberto era para el pueblo de la Galia, antes tan atropellado, un dechado de justicia, porque desde que el país había sido conquistado por los germanos, y en especial por los francos, no había existido justicia alguna; pero este rey no por eso tuvo mas poder que sus antecesores sobre los francos, de suerte que, como aquellos, tuvo que hacer matar a traición a los que conspiraban contra él ó cometían otras iniquidades que reclamaban correctivo. Entonces no había procedimiento, fuera de las asambleas de todos los francos, pero evidentemente no podían convocarse ya como en tiempos antiguos en las tribus poco numerosas. Este procedimiento despótico del puñal era también tan correcto para el genio franco que nunca faltaron a los reyes entre sus caudillos y notables, personas que ejecutaran sus órdenes sangrientas como la cosa mas natural del mundo. Así se comprende que este Dagoberto tan justiciero, «cuando fué a tomar el baño en la madrugada del día de su marcha de Latona para Chalons-sur-Saone, diera orden a los jefes Amalgaro y Arneberto y al patricio Vilibado, de matar a Brodulfo, tío de Cariberto; y hecho esto, se dirigió a Chalons para administrar allí justicia con el mismo celo y amor que hasta entonces había empleado.

«Desde allí pasó por Autun, Auxerre y Sens a Paris. Allí, en la hacienda de Reully (7), repudió a su mujer Gomatrudis y se casó con una joven de la servidumbre (de aquella) llamada Nantequilda. Al año siguiente, 629, recorrió con todo el aparato regio la Austrasia y tomó relaciones con otra joven llamada Ragnetrua, que en el curso del mismo año le dió un hijo llamado Sigeberto (III). De regreso a Neustria aficionóse a la residencia de su padre (Paris) y determinó establecerse allí permanentemente.»

El lujo y la vida regalada que llevó en Paris parece que cambiaron las costumbres de Dagoberto, porque Fredigaro, que hasta entonces le ensalza tanto, le encuentra después gravísimos defectos, probablemente porque apretó los tornillos de la hacienda, de lo cual se hubo de resentir también la Iglesia. A esto pudo contribuir igualmente la disminución de la influencia de Pipino, disminución de que debió de resentirse la administración en general y que debió también de disgustar en particular al historiador Fredigaro, natural de Borgoña, y que no vería con buenos ojos que el rey fijara su residencia en Paris. Por esto dice:

«Allí (en Paris) olvidóse de la justicia, a la cual antes había rendido tan fervoroso culto, é impulsado por la codicia, quiso aumentar con astucia sus tesoros a costa de los bienes de las iglesias y de los francos propietarios. Entrega ciegamente a la lujuria, tenía como Salomon tres reinas

(7) Romiliacum, lugar que hoy forma parte del arrabal de San Antonio de Paris.

de su país. Otra cosa sucedía respecto de los germanos establecidos en comarcas y provincias latinas, cultivadas, productivas y ricas, como las de los francos, godos, longobardos y borgoñones.

La insuficiencia de los sajones en la defensa de la frontera se hizo patente en el año siguiente, 632, en que «los vendos, — sigue diciendo Fredigaro, — pasaron á menudo la frontera y devastaron por orden de su rey Samo la Turingia y otras comarcas pertenecientes al imperio franco. Para acabar con este estado de cosas pasó Dagoberto á Metz, donde siguiendo el consejo de los obispos y notables de su imperio nombró á su hijo Sigeberto II rey de Austrasia, con su residencia en Metz, dándole por ministro principal á Cuniberto, obispo de Colonia, y por jefe de la fuerza armada á Adalgiselo, con un tesoro suficiente para las necesidades de la posición del joven rey (que entonces no tenía todavía 13 años de edad), y prometió ratificar todo con los edictos correspondientes. Desde entonces han defendido los austrasianos con su propia fuerza la frontera del imperio franco con mucho tesoro contra los vendos, como es notorio.»

Se admite hoy como indudable que el jefe militar del joven rey Sigeberto II, llamado aquí por Fredigaro, Adalgiselo, es idéntico al Ansigiselo, hijo de Arnulfo y yerno de Pipino (I), y que la institución de Sigeberto en el trono de Austrasia fué una victoria de los grandes de este reino, y en especial de la familia de Arnulfo, sobre los francos de la Neustria. En realidad era insostenible entonces un solo imperio franco con París por capital, á cuya dificultad se agregaba la costumbre antiquísima de dividir los patrimonios entre los hijos á la muerte del padre. Clotario dió en vida á su hijo Dagoberto la Austrasia, y éste hizo la misma cesión al suyo; pero ambos lo hicieron impelidos por la fuerza de las circunstancias, por no perderlo todo y cediendo á la presión de los magnates francos, en particular de los jefes poderosos de Austrasia. En tiempo de los merovingios era imposible todavía dominar en el interior del vasto imperio al elemento franco y defender las fronteras contra vecinos turbulentos, al Este contra los eslavos y al Sudoeste contra los vascos. Esto solo lo pudieron realizar los descendientes de Arnulfo, primero mayordomos y despues soberanos, que dominaron desde los Pirineos hasta Pest, en Hungría, y desde Benevento, en la Italia Meridional, hasta Hamburgo, en el Norte de Alemania. Este vasto poderío duró solo hasta la muerte de Carlomagno y desde entonces volvióse á desmembrar en diferentes reinos.

Ya hemos indicado antes que la unión de la Austrasia con el resto del imperio franco se fué haciendo gradualmente menos natural á medida que la diferencia de civilización se iba haciendo mas palpable y que el elemento germánico iba desapareciendo y predominando de nuevo el galo-romano y neolatino en Francia; de suerte que las tendencias separatistas de los francos de Austrasia tenían por base una causa latente, perenne y siempre creciente, que dos siglos despues produjo la separación definitiva y el principio de la formación de dos pueblos grandes, el francés y el alemán.

Un año despues de haber hecho Dagoberto á su hijo Sigeberto rey de Austrasia, dióle otro hijo la reina Nantequilla, que recibió en el bautismo el nombre de Clodoveo (II), y siguiendo el consejo y el deseo de los francos fijó por un convenio con su hijo Sigeberto y su gobierno la herencia del recién nacido. A este fin los obispos, los notables y demás francos libres de Austrasia juraron solemnemente (con la mano puesta sobre un altar ó sobre reliquias) que á la muerte del rey Dagoberto reconocerían y respetarían á su segundo hijo Clodoveo por rey de Neustria y de Borgoña, y del mismo modo á Sigeberto por rey de Austrasia, que en superficie y población

era igual á aquellos dos reinos. Pero como la Austrasia y sus habitantes eran muchísimo mas pobres que los otros dos países, con su antiquísima cultura y población celto-romana, y probablemente para contentar á los francos austrasianos, que quizás lo reclamaron, se agregaron al dominio de Sigeberto los territorios ricos que habían formado parte del reino en tiempo de Sigeberto I, de Teodeberto y de Teodorico. En cambio, la Austrasia perdió en este nuevo reparto el distrito Dentelino, que había formado siempre parte del reino de Neustria, á cuya pérdida se sometieron los austrasianos «con repugnancia y á la fuerza por temor á Dagoberto,» que estaba decidido, probablemente, á sostener su voluntad con el apoyo armado de sus neustrios y borgoñones.

Segun este convenio, hay que suponer que se agregaron entonces á la Austrasia todos los territorios que habían pertenecido á Sigeberto I en la Provenza y en Aquitania, á saber: la Provenza marsellesa, el Poitou (1), la Auvernia, cuyo jefe militar figura poco despues en la expedición de Sigeberto III contra los turingios sublevados, y el Quercy. Quizás se agregaron también á la Austrasia los territorios de Tours, Velay, Gevandán, Albi, Rouergue, Uzege, Aviñon, Aix y Vence; pero no el Mans ni Nantes, como supone Digot en su *Historia de Austrasia* (2).

Estos territorios, en cuya mayor parte el elemento franco era insignificante y el franco-austrasiano casi nulo, pero que todos eran entonces infinitamente mas cultos y ricos que cualquiera parte de la Austrasia, de la cual estaban, además, separados geográficamente, bien podían contentar á los francos austrasianos mas exigentes, ya por su riqueza, ya por haber formado parte en algunos reinados de este reino.

Mientras se hizo este arreglo rechazó en repetidos encuentros á los vendos Radulfo, hijo de Camaro, encargado por Dagoberto de la defensa de la Turingia; solo que Radulfo y otros jefes de aquellos pueblos distantes, apenas se sintieron fuertes para rechazar y vencer á sus vecinos enemigos, trataron también de hacerse independientes de los lejanos reyes francos. Así Radulfo, despues de haber mostrado repetidas veces intenciones hostiles contra el duque Adalgiselo, poco á poco se fué rebelando hasta contra el rey Sigeberto.

En el año 635 los vascos dieron nuevas pruebas de que su sumisión á Cariberto no había sido definitiva, y como veremos continuaron todavía largo tiempo sus expediciones en territorio franco, saqueando y asolándolo todo, para defender su independencia. En el citado año devastaron otra vez acaudillados por Amando, suegro del difunto Cariberto, el territorio que había formado parte del reino de este último. Dagoberto llamó contra ellos á todos los guerreros de Borgoña, dando el mando en jefe al canciller Cadoindo, que en tiempo de Teodorico II se había conducido como un héroe en multitud de batallas. Su ejército se componía de las huestes de los jefes siguientes: Arimberto (quizás idéntico á Arniberto), Amalgaro, Leodiberto, Vandamaro, Valderico, Ermeno (quizás Ermenerico), Baronto, Cairoardo, de raza franca, Cramnoleno, descendiente de galo-romanos á pesar de su nombre germánico, Vilibado, el patricio de raza borgoño-na, y Agina, descendiente de sajones y quizás el que fué nombrado duque de Aquitania por Dagoberto, y expulsado de este país despues. Además de estos duques formaban parte del ejército muchos condes ó jefes de distrito que dependían directamente del rey, situación preferida por estos jefes á la de subordinados á algun duque. De lo dicho se infiere también que la Borgoña no estaba ya gobernada como

(1) Cuyo obispo tomó parte, segun la *Gesta Francorum*, véase Digot, *Histoire d'Austrasie*, en la revolución inmediata de palacio en Metz.

(2) *Histoire d'Austrasie*, tomo 3.º, pág. 194.

antes por un patricio y un solo duque ó jefe de los hombres de armas del país.

Este formidable ejército ocupó muy pronto toda la Vasconia; los vascos salieron de sus montañas para librar batalla á los invasores, pero al verlos tan numerosos prefirieron ocultarse otra vez en las escabrosidades de los Pirineos. Las fuerzas borgoñonas les siguieron, mataron á muchos, saquearon é incendiaron sus viviendas y se llevaron muchos prisioneros. Los vascos vencidos solicitaron la paz y prometieron á los caudillos del ejército invasor que se someterían á Dagoberto, al cual irían á presentar sus homenajes y que cumplirían todas sus órdenes. Los borgoñones perdieron en esta campaña al duque Arimberto, que se dejó sorprender por los vascos en la cuenca del río Soule (*Subola*), en el departamento de los Bajos Pirineos.

Mientras esto sucedía en el Sudoeste, el rey, residente á la sazón en Clichy, supo que en el Noroeste habían repetido sus acostumbradas depredaciones los turbulentos bretones. Al instante envió allí una embajada, de la cual formó parte San Eloy, obispo de Noyon, para pedir á los rebeldes sumisión inmediata, restitución de lo robado é indemnización de los daños hechos, amenazando en caso contrario con enviar contra ellos el ejército victorioso que acababa de someter á los vascos. Al saber esto, presentóse presuroso al rey, en Clichy, con grandes presentes, Judicaile (ó probablemente Judicael) rey de los bretones que despues se hizo fraile, solicitando perdón y prometiendo restituir é indemnizar todos los daños causados por sus compatriotas á súbditos francos. Al mismo tiempo reconoció á Dagoberto y á sus sucesores por soberanos de la Bretaña, su reino; pero invitado por Dagoberto á comer no aceptó, porque Judicaile era muy religioso, y pasó á alojarse en casa del secretario Dado, hombre piadoso que posteriormente fué obispo de Ruan y cuya memoria la Iglesia celebra bajo el nombre de San Andoino. Al día siguiente despidióse del rey, que á pesar de lo sucedido le honró con muchos regalos. La invitación á la mesa del rey era en aquellos tiempos el mayor honor que el soberano podía conceder, y no obstante rehusólo el rey breton, á pesar de haber ido como suplicante. Es de suponer que Dagoberto estaba excomulgado ó considerado como tal por su vida disoluta y por su falta de respeto á las propiedades de las iglesias. En este caso merece nuestra admiración el rey breton, que prefirió no faltar á las prescripciones de su religión á ganarse la amistad del rey. También vemos en este mismo caso los grandes progresos que había hecho entonces la Iglesia en aquella apartada región de Francia.

Al año siguiente, 636, se presentaron ante el rey en Clichy todos los notables de Vasconia con su jefe Egina, ó segun otros manuscritos Amando; y para evitar la primera explosión de ira se acogieron al asilo sagrado de San Dionisio. El rey bondadoso les perdonó y ellos le juraron fidelidad á él, á sus hijos y al imperio franco, por supuesto para faltar como otras veces á su juramento á la primera ocasión favorable.

En 638, el décimosexto año de su reinado, empezó á resentirse la salud del rey Dagoberto, hallándose en Epinay, cerca de Clichy. Hízose llevar á la basílica de San Dionisio, pero en lugar de mejorar se empeoró y sintiendo cercana su muerte mandó llamar á toda prisa á Ega y encomendó á su cuidado á la reina Nantequilla y á su hijo Clodoveo expresando su confianza de que Ega asistiría con sus valiosos consejos al joven heredero en su reinado. Arreglado esto, murió y fué sepultado en la misma basílica que había hecho engrandecer y hermosear, y á la cual sin contar muchos objetos preciosos de oro y piedras de gran valor «para ganar la protección del santo», añade Fredigaro, le había dado tantas

aldeas, haciendas y otras riquezas, que esta liberalidad excitó la admiración general. Había dotado á la misma iglesia con un coro salmodista perenne al estilo del que tenían los monjes del monasterio de San Mauricio (*Aganum*) en Suiza, cantón del Valais, hasta que la indolencia del abad Aigulfo hizo que cayera en desuso esta institución (1).

Aquí tenemos pues otro rey que despues de despojar codicioso las iglesias favorece á una para sobornar al santo patron y ganarse su protección en el otro mundo.

CAPÍTULO XIII

LOS MEROVINGIOS DESDE LA MUERTE DE DAGOBERTO I HASTA LA MAYORDOMÍA DE PIPINO II (638-688)

El jovencito Clodoveo II sucedió á su padre sin dificultad alguna, siendo proclamado rey por todos los leudes de Neustria y Borgoña en la hacienda de Maslay (*Massolocus*) de Vanne, departamento del Yonne. El gobierno del palacio, es decir del reino, que se dirigía desde la habitación del rey, estaba en manos de Ega el mayordomo y de la reina Nantequilla. El rey que sabía y quería gobernar personalmente, como despues Pipino el Pequeño, llamado comunemente el Breve, prescindía de «mayordomo palatino.»

Ega vivió todavía dos años y á él se debió probablemente que durante este tiempo el reino estuviese bien gobernado en lo interior, y conservara la buena inteligencia con Austrasia, porque «era, dice Fredigaro, el que descollaba entre los principales de Neptrium por su sabiduría y prudencia, sus inmensas riquezas, su elocuencia, sus respuestas decididas, y solo se le criticaba por su avaricia.» Este último defecto era en realidad en su posición un mérito. Además hay una prueba de que sabía ser liberal y desprendido, porque cuando se presentaron enviados de Sigeberto para reclamar la parte que á éste correspondía de los tesoros de Dagoberto, prestóse Ega á negociar inmediatamente. Se convino en celebrar con este motivo una entrevista en Compiègne (*Compendium*) donde comparecieron Cuniberto de Colonia y Pipino, el mayordomo de Sigeberto, con varios notables de Austrasia. Allí fué presentado el tesoro por orden de la reina y de Clodoveo á solicitud de Ega, y allí mismo se dividió entre los dos hermanos por partes iguales despues de haber separado una parte de lo adquirido por Dagoberto á favor de la reina Nantequilla.

La parte correspondiente á Sigeberto fué enviada por Cuniberto y Pipino á Metz, donde fué inventariada en presencia del rey. Otra prueba de la liberalidad de Ega tenemos en la restitución á los perjudicados de cuanto Dagoberto les había arrebatado por medio de confiscaciones y otras medidas despóticas que habían despertado en los últimos años de su reinado bastante descontento en Neustria y Borgoña.

Ega murió de fiebre en el año 640 en la hacienda de Clichy. Poco antes su yerno Ermenfredo había dado muerte al conde Enulfo (Chainulfo, Ainulfo, Anulfo, Aginulfo y Agnullo) en la plaza de justicia de la aldea de Albioderum, por cuyo delito los parientes del muerto y el pueblo causaron, con anuencia de la reina, grandísimo daño en la propiedad del matador Ermenfredo que huyó á Austrasia acogiéndose al asilo de la basílica de San Remedio en Reims para librarse de sus perseguidores y de la ira del rey.

Antes de continuar la narración de los sucesos en los dominios de Clodoveo, conviene echar una mirada á la situación de Austrasia, donde reinó Sigeberto sin que hubiese ocurrido la menor novedad desde la muerte de Dagoberto.

(1) Institución de la Iglesia griega, en la cual se relevan los coros para no interrumpir nunca el canto.

y además muchísimas concubinas; las reinas eran Nantilda, Vulfogunda y Berquilda. Los nombres de las concubinas no pueden citarse aquí, por ser demasiado grande su número. Pero aunque andaba su corazón muy extraviado y tenía sus pensamientos lejos de Dios, dió mas adelante limosnas abundantísimas y hasta excesivas á los pobres (1), tanto que con esto habria merecido la gloria eterna, si no lo hubiese impedido la codicia, que era el móvil de su liberalidad astuta.

Para contentar á sus guerreros pobres, que formaban la mayoría de su fuerza armada, debía poner forzosamente á contribucion á los francos poderosos y á los establecimientos religiosos, con lo cual acalló á los guerreros menesterosos, pero excitó contra sí el odio de los grandes y del clero.

A despecho de las quejas que estos dos elementos levantaron contra el rey, Pipino le permaneció fiel, si bien debió de lamentarse seguramente de la traslacion de la residencia real á Paris, donde Pipino perdió gran parte de su influencia, cargando además con el odio de los descontentos, que con sus imputaciones le hicieron perder su posicion cerca del rey, y gracias que no perdió la vida. El biógrafo de San Amando dice que en aquel año 629 Pipino se dirigió con Sigeberto, hijo del rey Dagoberto, á la corte del rey Cariberto, su tío y padrino, y Fredigaro añade que Pipino y otros caudillos francos de Austrasia estuvieron detenidos en Orleans por Dagoberto, el cual no les dejó regresar á su país mientras vivió. Esto hace suponer que el rey temia algo de Pipino y de los hombres poderosos de Austrasia, quizás la separacion completa de este reino del imperio franco. Aquí conviene advertir que por entonces estrechó Pipino los lazos de amistad que le unian al obispo Arnulfo, que representaba otra casa franca poderosa, casando á una hija suya con Adalgiselo ó Ansigiselo, hijo de Arnulfo. Este Adalgiselo mas adelante, en el año 632, fué elevado al cargo influyente de mayordomo en Austrasia, mientras, no obstante, quedó Pipino desterrado de su país, en Orleans, se supone que encargado de la educacion del joven Sigeberto.

La mejor explicacion de la caída de Pipino del poder es que los grandes de Austrasia le invitaron á ponerse á la cabeza de una conspiracion que tenia por objeto formar de la Austrasia un reino independiente, de cuyo trono habian de quedar excluidos los merovingios; y no queriendo faltar aquel á la fidelidad al rey Dagoberto, fué calumniado por aquellos grandes despechados y perdió así á la vez su amistad y la confianza del rey, cuya conducta desaprobaba desde que habia trasladado su residencia á Paris. Su nieto Grimoaldo se rebeló posteriormente, en el año 656, como veremos mas adelante, despues de la muerte de Sigeberto, y proclamó rey á su propio hijo Childeberto; pero fué hecho prisionero por los nobles envidiosos que lo entregaron á Clodoveo II, rey de Neustria, el cual le mandó decapitar.

En aquel año regresaron de la corte de Constantinopla los embajadores Servato y Paterno, á quienes Dagoberto habia enviado para hacer un tratado de paz y amistad con el emperador Heraclio, tratado que en efecto hicieron.

Por el año 629 entró San Amando en relaciones con la corte de Paris. El santo, dejando las riberas del Escalda, habia pasado al país de los eslavos danubianos, vecinos del pueblo bávaro y entregados todavía al paganismo. «Viendo que obtenia poco fruto de sus esfuerzos y que no encontraba la gloria del martirio, que buscaba, — dice su biógrafo, —

(1) El abad de Verton (véase Mabillon, I, 376), autor del libro: *Los milagros de San Martín*, explica quiénes eran estos pobres diciendo: «El rey, á falta de recursos propios despues de frecuentes campañas, arrebató mucho á los conventos de los santos para darlo á sus guerreros, por consejo de Centulfo, el primero de sus privados y hombre muy sagaz y que sabia convencer y hacer adoptar (al rey) sus consejos.»

marchóse de allí.» El rey Dagoberto entretanto se habia entregado completamente á la lujuria mas crapulosa, por cuya razon no pudo tener sucesion. Entonces suplicó á Dios que le diera un hijo al cual pudiera dejar su imperio. Dios le escuchó y le concedió el hijo que deseaba y entonces envió el rey emisarios con orden de buscar á San Amando y llevarle á la corte á fin de que apadrinara al niño real en el bautizo. El santo, que anteriormente habia reprendido al rey por su relajada conducta y sus pecados mortales, lo cual ningun obispo del reino se habia atrevido á hacer, habia sido por esto expulsado del reino y habia ido á predicar la palabra de Dios á pueblos lejanos. Encontrado ya por los enviados del rey, acató la orden acordándose de la palabra del apóstol de obedecer á la autoridad, y marchó á Clichy. El rey se arrojó á sus piés pidiéndole perdon, y el santo, concediéndoselo, le levantó del suelo, pero se negó á ser padrino del niño, porque se acordaba del precepto de que los soldados de Dios no deben mezclarse en asuntos terrenales, ni frecuentar los palacios de los reyes, sino vivir en la calma y el silencio, y bien sabia que si era padrino se le pediria despues que fuese ayo de su ahijado y su maestro en la religion. Marchóse, pues; pero el rey envió tras él á dos varones ilustres, Dado y el venerable Eligio (San Eloy), que entonces estaban todavía cerca del rey con cargos laicos, pero que despues fueron obispos é hicieron muchos milagros. A sus ruegos cedió San Amando, especialmente cuando le dijeron que con la familiaridad que resultaria del parentesco espiritual obtendria del rey los recursos necesarios para convertir al cristianismo mayor número de gentiles. Sigeberto tenia solo cuarenta dias cuando le bautizaron, pero no obstante dijo *amen* al discurso que pronunció San Amando en el bautizo, porque los que estaban presentes se descuidaron de decirlo. «Gran alegría causó este bautizo al rey y á toda su hueste (2).»

San Amando fué nombrado obispo de Maestricht, no como dice su biógrafo, poco tiempo despues del citado bautizo, sino en el año 647 y en el reinado de Sigeberto.

En el año 630 fué muerto, segun se dice por intrigas de Dagoberto, su hermano Cariberto II, rey de Aquitania, y poco despues el pequeño hijo de este, llamado Chilperico; y Dagoberto se posesionó de su reino inclusive la Vasconia, que su hermano habia conquistado.

En el mismo año sufrieron las armas francas grandes derrotas en el extremo Nordeste de su imperio. Los vendos, á las órdenes de su rey Samo, asolaron la Turingia derrotando las huestes que Dagoberto habia enviado contra ellos para castigarlos por haber robado y asesinado á muchos traficantes francos, que para sus compras y ventas se arriesgaban hasta muy adentro del territorio eslavo, quizás hasta el interior de Bohemia. Fredigaro, que refiere estos sucesos, dice que Sicaro, embajador de Dagoberto y encargado de pedir al rey Samo indemnizacion por las muertes y robos cometidos en las personas de los traficantes francos, se excedió de las instrucciones que llevaba, con lo cual dió lugar á la devastacion de la Turingia y á toda la campaña tan desgraciada para las armas francas. Samo no quiso recibir al embajador, y entonces Sicaro, disfrazado de esclavo, consiguió llegar á presencia del rey y enterarle de su mision. Samo propuso someter estas reclamaciones á una asamblea de eslavos y francos; pero Sicaro, que no estaba á la altura de su mision, empleó un lenguaje demasiado insolente, profiriendo amenazas contra Samo y diciéndole que él y su pueblo eran súbditos y siervos del rey franco. Samo, siempre cauteloso, contestó: «Si Dagoberto conserva la amistad con nosotros, seremos suyos

(2) A los francos armados que con esta ocasion se habian reunido en asamblea de varones libres segun uso antiguo.

y el país que habitamos será suyo tambien;» pero entonces le replicó Sicaro que no era posible que cristianos, servidores de Dios, hicieran amistad con perros, y á esto le dijo Samo: «Si vosotros sois servidores de Dios, nosotros somos perros de Dios, y como vosotros pecáis sin cesar contra Dios, Dios nos permite destrozaros con nuestros dientes.» Dicho esto, hizo arrojar de su presencia al embajador.»

Al saberlo, Dagoberto mandó convocar á todos los hombres de armas de la Austrasia contra el rey Samo y sus vendos, y divididos los guerreros en tres huestes penetraron en el territorio eslavo. Los longobardos tambien prestaron su auxilio á Dagoberto y marcharon contra los eslavos mas próximos, que eran los del lado del Danubio, los cuales como sus hermanos del Norte se prepararon para resistir á tantos enemigos. La hueste compuesta de los alamanes austrasianos acaudillada por su jefe Crodoberto, alcanzó una victoria en el territorio eslavo que atacó; lo mismo hicieron los longobardos por su lado, y ambas huestes se llevaron prisioneros á gran número de eslavos. Los francos austrasianos, en cuya hueste figuraban probablemente tambien fuerzas de los pueblos germánicos mas inmediatos, cercaron una plaza fuerte llamada Vogastiburgo, que se supone (1) estaba situada en Bohemia en el valle del Eger. Allí se habian concentrado los guerreros eslavos mas valientes. Tres dias duró la lucha, en la cual sucumbieron tantos francos, que los que quedaron abandonaron el campo, sus tiendas y bagajes, y huyeron á todo correr hácia su país.

Esta derrota tuvo por consecuencia natural que desde entonces los eslavos repitieran con mucha frecuencia sus incursiones en la vecina Turingia y otros territorios sometidos al imperio franco. Entonces el pueblo servio y su jefe Dervan, que antiguamente se habian mostrado amigos de los francos, reconocieron la soberanía del rey Samo. Fredigaro atribuye la derrota á la repugnancia de los francos de Austrasia á servir á Dagoberto, que los esquilmba con la contribucion territorial y otras exacciones inspiradas por su codicia.

En aquel mismo tiempo originóse, segun Fredigaro, una gran contienda entre los avaros, á quienes este historiador llama siempre hunos, y los búlgaros, que hasta entonces habian formado una especie de reino en la antigua Panonia. Los búlgaros sucumbieron, y una tribu de 9,000 expulsada de la Panonia con sus mujeres é hijos solicitó de Dagoberto la admision en sus dominios. El rey ordenó á los bávaros, como mas próximos, que les admitieran durante el invierno mientras consultaba á sus francos lo necesario para mas adelante. Los francos fueron de opinion de matarlos y mientras los infelices estaban alojados en las propiedades de los bávaros, ordenó el rey á éstos, atendiendo al consejo de los francos, que mataran en una noche á todos los búlgaros refugiados con sus mujeres é hijos en sus casas. La orden fué ejecutada, escapando de la matanza solo 700 hombres con sus familias, acaudillados por Alcico (ó Alicio, Alicioco, Altico, etc.), que los condujo al territorio de los vendos, donde mandaba el jefe Valuc. Despues de haber permanecido en este país pasaron al parecer á Italia, donde los estableció en los Abruzos el rey longobardo Grimoaldo, que reinó desde el año 662 hasta 672 (2).

La parte interesante de este relato de Fredigaro es la dependencia sumisa del pueblo bávaro del reino de Austrasia; porque recibe y ejecuta sin vacilar las órdenes que el rey Dagoberto le envía despues de oidos los francos. Es muy probable que los bávaros se quejasen de sus alojados y que

(1) Zeuss, historiador y filólogo alemán, en su obra: *El origen del pueblo bávaro*, autor anticuado, 1839.

(2) Así lo refiere Paulo Diácono, solo que llama al jefe búlgaro *Alisco*. Las fechas sin embargo no concuerdan.

acogiesen muy bien la orden de matarles, porque su sumision y obediencia no duró mucho, como tampoco las de los alamanes y turingios.

En aquel año prestó Dagoberto auxilio armado al rebelde y usurpador Sisenando contra el eminente rey visigodo Suintila. Hemos tratado ya este suceso en la primera parte de esta obra al exponer la historia del pueblo visigodo, y aquí solo añadiremos lo que interesa á la historia del pueblo franco. El cronista Fredigaro, como partidario de la Iglesia, vitupera esta empresa, lo mismo que la codicia de Dagoberto, que fué su principal móvil, porque el rebelde visigodo le habia prometido en pago de su auxilio el preciosísimo servicio de mesa que habia tocado á los godos con la parte del botin que se hizo en Chalons en el año 451 á los hunos. Dagoberto, que mejor habria hecho en emplear todas sus fuerzas contra los pueblos eslavos que devastaban las comarcas vecinas sometidas al imperio franco, convocó las fuerzas de toda la Borgoña (3) para la guerra de España. La hueste se reunió en la comarca de Toulouse como centro aproximadamente del reino, y se confió el mando en jefe á dos generales llamados Abundancio y Venerando, que la condujeron hasta Zaragoza, porque Sisenando el rebelde tenia ya en su poder la Septimania y probablemente tambien los pasos de los Pirineos. Sisenando consiguió su objeto á consecuencia de la traicion de los que rodeaban á Suintila, y los jefes francos, generosamente recompensados por el usurpador, volvieron con sus fuerzas á su país; pero en el camino los godos indignados les arrebataron la famosa joya nacional, aquel servicio de mesa que el nuevo rey habia entregado segun lo prometido á los generales de Dagoberto. Este envió para reclamarlo á los jefes Amalgaro y Venerando, y Sisenando para salir del compromiso pagó en lugar de la joya su valor, segun dice el cronista, 200,000 sueldos de oro (4).

Al año siguiente, 631, penetró una gran hueste vendana en Turingia y Dagoberto salió de Metz á su encuentro con imponentes fuerzas de Austrasia. Pasó las Ardenas (5), teniendo además de la masa de guerreros austrasianos, un cuerpo escogido y de confianza de guerreros valientes de Neustria y de Borgoña con sus caudillos. Cuando estuvo á punto de pasar el Rhin, cerca de Maguncia, se le presentó una embajada de sajones, probablemente de turingios de los distritos tributarios de los francos, que le ofrecieron rechazar con sus fuerzas propias á los vendos y defender la frontera del dominio franco por aquel lado si les libraba en cambio del tributo que anualmente pagaban al tesoro franco desde Clotario I. Dagoberto aceptó, despues de consultar á los caudillos de Neustria que le acompañaban, y los embajadores juraron sobre sus armas cumplir el pacto en su nombre y en el de todos los sajones de las comarcas que representaban.

Fredigaro, cuyas simpatías son austrasianas, hace resolver el caso á los notables de Neustria, porque su consejo resultó malo, pues á renglon seguido dice:

«Los sajones cumplieron su promesa muy mal, y á pesar de esto quedaron desde entonces libres del tributo acostumbrado, consistente en 500 vacas anuales.»

Los germanos del otro lado del Rhin, como los sajones, frisonos y alamanes no tenian dinero, excepto lo que podian robar en sus excursiones y que regularmente enterraban, y tenian que pagar de consiguiente los tributos en productos

(3) Téngase presente que Fredigaro y otros autores de aquellos siglos llamaban Borgoña el antiguo reino de Gontran, cuya mayor parte nada tenia que ver con la Borgoña posterior. (N. del T.)

(4) Sueldos sólidos en libra de oro; 200,000 valdrian cerca de millon y medio de pesetas.

(5) Entonces se incluian en las Ardenas todas las sierras y selvas hasta el Rhin.